



LOS CUENTACUENTOS

— Leticia Dotras —

Desde el principio de la humanidad, han existido siempre grandes narradores. En las tribus más primitivas, en la antigüedad, en la Edad Media, hasta nuestros días, la figura del narrador, con nombres diferentes, ha vivido paralela a la historia, y ha sido, en muchas ocasiones, quien ha conservado costumbres y tradiciones siempre a través del lenguaje oral.

No hace muchos años, cuando la energía eléctrica era un bien extraño en muchas aldeas de Galicia, las familias se reunían alrededor de la "lareira" (chimenea grande de piedra donde se cocina y se sientan los miembros de la casa a calentarse en los hogares gallegos) y siempre había alguien que contaba, que narraba: cuentos, historias, situaciones de una forma muy entrañable y muy especial.

Al buen narrador le gusta ver la cara de sus oyentes, le gusta ver sus reacciones, lo que cada uno va pidiendo y actúa en consecuencia. Sabe hacer cambios de voz, busca grandes silencios en el momento oportuno y deja a un lado el superfluo que sabe lo que de verdad interesa.

La voz del adulto da seguridad al niño, ayuda a captar el significado del texto: si éste tiene humor, si es triste o alegre. La voz del adulto expresa estados "vivos" del lenguaje. La voz del adulto estimula la imaginación.



Es muy corriente que los niños pidan una y otra vez la misma historia. La razón es bien sencilla: el cuento permite la identificación con situaciones y personajes. También los adultos tenemos algún libro preferido que hemos leído más de una vez; canciones que oímos una y otra vez o alguna película que ha despertado emociones y sentimientos que nos gustan (recuerdo haber ido a ver con unas amigas "Lo que el viento se llevó" varias veces. Disfrutábamos llorando).

El cuento nos ayuda a conocer lo real. El mundo de la fantasía, de lo irreal, nos lleva a la comprensión de situaciones reales. La fantasía es el más poderoso proveedor que existe.

LAS MIL HISTORIAS DE ANTÓN EL COJO

Se me agolparon en un racimo todos esos años de mi niñez mientras pegaba mi cara al cristal de la ventana. Entre un inmenso mar de niebla, a lo lejos, emergían unas cumbres a modo de archipiélagos. El viento se detuvo de repente, se enredó entre las ramas doloridas de los árboles y desgajó de cuajo las últimas hojas del otoño. Por fin rojataron las nubes que no soportaban ya tanto silencio. Los helechos inclinaron, sumisos, sus cabezas al paso de la lluvia. Los recuerdos se agarraron a los bajos de mi pantalón y me arrastraron por el pasado, llevándose también los últimos jirones de la tarde...

—Cuenta, cuenta ¿Cómo perdiste la pierna? ¿luchando con los moros? Pero... ¿Cómo? ¿con los indios? ¿con los mejicanos?

Hablábamos todos a un tiempo formando un corro alrededor de Antón que, cuando abría sus ojillos pequeños y oscuros, despedían unas chispitas socarronas. Sus labios iban dibujando la iniciación de una sonrisa y, en su calva pecosa, pero muy brillante, se le iban formando multitud de arrugas, como las muescas de un tornillo. Y con una voz que llenaba el aire, paladeando sus propias palabras, comenzaba:

—Las flechas llovían de todas partes y aquellos pieles rojas que nos habían rodeado formando un círculo, hacían correr a sus caballos sin descanso, como si se hubieran subido a un tío-vivo.

El general Custer daba órdenes sin parar.—¡Carguen! ¡Disparen! ¡Rodilla en tierra! ¡Fuego a discreción!

Nada, que no había manera, aquello era un desierto y no había un solo lugar en donde esconderse. Estábamos totalmente rodeados, de manera que "lo mejor es hacerse el muerto", pensé para mí. Y, la verdad, debí de ser el único que pensó algo bueno en ese momento porque a todos los demás los mataron. Sí, sí, murieron con las botas puestas y los indios cortaron sus cabelleras.

Y cuando llegó el momento de cortar la mía, se pusieron furiosos.

¡Mi calva relucía más que nunca, monda y lironda! Y yo, muerto de miedo, seguía haciéndome el muerto. Había perdido una bota al caerme del caballo y, como podéis ver, la pierna que me queda está llena de pelo, pues tanto o más tenía la que se llevaron los indios en lugar de mi cabellera..."

Alguien encendió la luz y, al hacerse la claridad en la habitación, bajó la noche a la ventana. Sentí frío y me acerqué al fuego quemador de secretos. Las llamas lamían las paredes del hogar que, brotando alegres y amorosas en la espiral de humo, subían al encuentro de la lluvia saliendo por la chimenea en un color azulado. El recuerdo de Antón vivía en mi memoria deshecho en mil imágenes...

La puerta gimió amargamente. La noche entró a empujones, húmeda, llena de aromas. Detrás, la figura de Antón, su vieja chaqueta desmayada sobre los hombros, un sombrero de ala ancha, viejo, triste, para proteger su desnuda cabeza de la lluvia.

Todos sabíamos que vendría, lo esperábamos callados, cómplices en nuestro silencio. Era la noche del magosto y Antón bajaba desde la montaña por el camino festoneado de viñas ya desnudas y zarzales.

Nuestro alboroto rompió el silencio:

—¡Cuenta Antón! ¡Cuenta! ¿Cómo perdiste la pierna?

Antón, se sentaba cerca del fuego y apoyaba su muñón en una de las muletas y, mientras lo acariciaba, iba narrando y analizando los detalles más insignificantes, los desmenuzaba, se recreaba en ellos y su corazón se iba desovillando en palabras. Entonces el silencio manaba como una fuente, todos queríamos escuchar la historia de su pierna, su nueva historia en la que siempre había cambios en el tiempo, en el lugar, en los pequeños detalles.

—El calor era agobiante y, cuando caminábamos mucho, se enrarecía el aire y se hacía difícil respirar. Pero ahora de caminar nada, lo que teníamos



que hacer era correr y correr mucho, mucho... Nuestro capitán Hernán Cortés, que se había hecho muy amigo del gran jefe de los aztecas, llamado Moctezuma, había descubierto un tesoro que ningún ojo había visto jamás, ni volverá a ver. Todo resplandecía y aquellas piedras preciosas de mil colores arrancaban a la luz mil colores más que no existen en todo el universo. Pero los aztecas se enfadaron con nosotros y por esa razón tuvimos que salir corriendo.

Los peores enemigos eran los mosquitos. Yo nunca comprendí para qué llevábamos aquellas pesadas armaduras mientras que los indios andaban totalmente desnudos. Pero la primera vez que me quité el casco y mi calva fue atacada por un ejército de golosos mosquitos que se pusieron morados ellos y dejaron morada mi cabeza de tanto picármela, entonces lo comprendí y no me quitaba la armadura ni para dormir. "Las plumas de los aztecas sirven para espantar a estas insignificantes pero tortuosas fieras", pensé yo.

Como os iba diciendo, tuvimos que salir zumbando y, para colmo de males, teníamos que cruzar un río que se llamaba Panuco. No cabíamos todos en aquella barquichuela y mis piernas se quedaron por fuera de la borda. Aproveché esta situación para ayudar a los que remaban. Chapoteaba fuerte en la parte de atrás, hacía como un motor con mis piernas, pero, algo le pasó a ese motor "a pierna suelta"; sus revoluciones bajaron. No, no era que estuviera cansado, pues yo cada vez le daba con más fuerza sólo con el afán de llegar pronto a la otra orilla. Fue algo inesperado.

Cuando desembarcamos, se me había soltado una pierna. Yo, que no había notado nada, me había quedado pernituerto, y allá, río abajo, iban unos

cocodrilos tratando de abrir la lata que la encerraba.

"¡Menos mal que tenéis buenos dientes!" —les grité—¡si no, a ver cómo la sacáis del envase!"

Y cuando terminaba esta historia, su risa era como un chorro de vida...

Aunque las horas caían dormidas, yo no era capaz de conciliar el sueño. Los recuerdos se me agolpaban pidiendo turno. Salí de mi habitación. La oscuridad era absoluta, casi me hería los ojos. No había nadie. Eso es lo bueno de la noche. Entonces se escuchan todos los ruidos, los silenciosos ruidos llenos de ecos, de voces.

El silencio nunca se acostumbra a ser silencio siempre. Abrí la puerta para salir de casa, la noche me rodeaba frotándose a mi piel y los ladridos de los perros entraron a buscarme...

— ... aquellos perros ladraban sin parar. Eran perros hambrientos, escuálidos. Cumplían su misión: ladrar, pero su amo no cumplía muy bien la suya: alimentarlos.

Formábamos un numeroso ejército y seguíamos a nuestro querido capitán. ¿Habéis oído hablar del Cid Campeador? (nos preguntaba tratando de abrir mucho aquellos ojillos y arrugando su calva).

Pues yo pertenecía al ejército del Cid. A la policía montada. Sí, sí, la policía montada en motos, nada de caballos. Teníamos unas motos estupendas, grandes, siempre muy brillantes."

(Y mientras lo explicaba, imitaba con su garganta el ronroneo de un motor y se agarraba a las muletas, como al manillar de una moto.)

Nosotros nos mirábamos asombrados, pero nadie se atrevía a interrumpir con tonterías diciendo que en la época del Cid no existían las motos, porque

Antón había estado allí, había perdido su pierna y, desde luego, lo sabía mejor que nadie.

—Pues, como os iba diciendo, entramos en aquella granja para beber un poco de agua. La polea del pozo gemía como un animal indefenso. Y eso fue lo que llamó la atención de los moros que estaban esperando cualquier torpeza nuestra. Se organizó un cisco tremendo, entre motos, caballos y la infantería que era muy numerosa. Aquellos moros, con sus espadas en forma de media luna, llevaban por delante todo lo que encontraban a su paso. Yo conseguí huir. Aceleré mi moto todo lo que marcaba

el cuentakilómetros. El miedo me azotaba en la espalda como un junco. Cuando miraba hacia atrás, veía cómo me seguía una pierna dando grandes zancadas, hasta que no pudo más. Cuando por fin estuve a salvo y paré, me di cuenta que aquella pierna que me seguía debía de ser la mía porque a mí me faltaba...

Las cosas más insensatas, parecen adquirir sentido al repasarlas. Pasado el tiempo, cuando yo ya era hombre, alguien me contó cómo había perdido en realidad la pierna Antón el Cojo, pero la verdad es que, no sé porque razón, de esa historia no me acuerdo.

—ACTIVIDADES PARA PADRES Y EDUCADORES—

Los cuentos deben ser dirigidos a los niños de Educación Infantil y Primer Ciclo de Primaria.

Voy a daros unas pequeñas pistas para ser un buen cuentacuentos, es una experiencia que no la olvidaréis en la vida:

- 1º Voz clara e inteligible.
- 2º Hablar pausadamente. Vocalizar bien.
- 3º Entonar bien viviendo lo que se está contando.
- 4º Intentar ser espontáneo.
- 5º Es bueno llevar algún objeto que aparezca en la historia que vais a contar. Podrías llevar, en este caso, el sombrero de Antón el Cojo.
- 6º De vez en cuando, en medio de la historia, es bueno que se hagan preguntas a los oyentes para ayudar a la mejor comprensión y para que participen en la historia. Ej: ¿Qué hubiera pasado si Antón...?
- 7º Se pueden elegir diferentes tipos de relatos:
 - clásico y muy famoso; —clásico, pero no tan conocido; —inventado; —uno actual de los que hay muchos en todas las ediciones infantiles.

—ACTIVIDADES—

De tipo Grupal: Uno o los que quieran hacen y aprenden a ser cuentacuentos para narrar a otros.

Nivel Educativo: Primer Ciclo de Secundaria Obligatoria. Ya tienen una buena edad para aprender a narrar en público.

Objetivos:

- Desarrollar el interés por los cuentos tanto tradicionales como actuales. Motivar la lectura entonada. Aprender a hablar ante un público. Disfrutar escuchando cuentos. Motivar la inventiva de nuevos cuentos.
1. Leer el cuento entre varios a toda la clase. Uno hace de narrador cuando está recordando, otro hace de narrador mientras Antón cuenta las historias y otro hace el papel de Antón. Entonando muy bien y con una voz clara e inteligible y tratando de vivir lo que se está contando.
 2. En el cuento se ha utilizado la técnica de Flash-back. ¿Sabéis lo que quiere decir? Escribir vosotros una pequeña historia entre todos con esta técnica.
 3. Se puede escribir entre toda la clase una nueva historia de cómo Antón el Cojo pierde su pierna. Acordaos de que siempre hace un "revuelto" de tiempos, personajes y escenarios.
 4. Una vez acabado el punto 3 se puede hacer una pequeña representación entre toda la clase introduciendo en el cuento vuestra nueva historia. Es necesario un narrador pues es una de las actividades más importantes en este apartado.

Libros para leer, contar, narrar, entretener, divertir y conseguir convertirnos, por qué no, en grandes cuentacuentos

1. EL PERRO Y LA PULGA

Autor: Inkiow, Dimiter.

Editorial: S.M.

Colección: El Barco de Vapor.

Edad: A partir de 6 años.



El perro Bello tiene una compañera muy especial: su pulga. ¿Qué tiene de especial que un perro tenga una pulga? os preguntareis. Es que esta pulga es amiga de Bello y están todo el día charlando. Claro que de vez en cuando le pica y sus teorías son completamente diferentes, pero Bello

tiene muy claro que el más inteligente es siempre el que tiene que ceder.

Escrito con un lenguaje sencillo e ilustrado con dibujos atractivos por su colorido y expresividad en los personajes, se plantea el tema de la tolerancia en la vida diaria tratado simbólicamente pero es muy fácil que el pequeño lector capte el problema.

2. LA FUGA DE RÍO LOBO

Autor: Marsé, Juan.

Editorial: Alfaguara.

Edad: A partir de 6 años.



Amador vive en una casa regida por una computadora. Toda la vida de Amador está programada. Un buen día un cortocircuito en la casa le permite salir al Valle y que se haga amigo de un río y de una rana un poco cascarrabias. Juntos viven sus aventuras. De repente el río desaparece y Amador y la rana

van a buscarlo para convencerlo que tiene que volver.

Las posibilidades imaginativas que nos ofrece esta historia se transmiten en unos sencillos textos con alegres y expresivas ilustraciones coloreadas a lápiz que hacen una defensa de la naturaleza. Texto impreso con letra manuscrita asegura la aceptación por parte de los que empiezan a ser lectores independientes.

3. EL VIAJE DE VIENTO PEQUEÑO

Autor: López Narváez, Concha.

Editorial: Everest.

Edad: A partir de 6 años.



Pequeño Viento quiere llegar a ser un viento importante cuando sea mayor, pero no sabe qué es lo que debe hacer para llegar a serlo. De manera que lo mejor es viajar y ver qué es lo que hacen otros vientos. Después de muchas preguntas a otros vientos, Pequeño Vien-